

Cargas

H. DURBANVILLE

biblicom.org

«Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará» (Salmo 55:22).

Tres versículos de la Biblia nos muestran cuál es la voluntad de Dios para sus hijos que están cargados con grandes cargas. El primero habla de lo que debemos hacer: «Cada cual llevará su propia carga» (Gál. 6:5). El segundo nos dice lo que deberíamos hacer: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros» (Gál. 6:2). El tercero, en el salmo citado hoy, nos dice lo que podemos hacer: echar nuestras cargas sobre el Señor. Fíjense que este versículo no dice: “Echa tu carga sobre el Señor, y él **la llevará**”. La promesa es esta: ¡Él te sustentará, **a ti**, y no solo tu carga! Es útil comparar este consejo divino con dos pasajes similares del Nuevo Testamento (Fil. 4:6, 7; 1 Pe. 5:7) que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. ¿Qué tenemos que hacer? Echar sobre Dios toda nuestra preocupación.
2. ¿Cómo debemos hacerlo? A través de oraciones y súplicas.
3. ¿Por qué tenemos que hacerlo? Porque Dios se preocupa por nosotros. «Depositando sobre él toda vuestra ansiedad» (1 Pe. 5:7): en este consejo se nos asegura que cualquier tipo de preocupación, pequeña o grande, puede ser llevada a Dios, ya sea sentimental, doméstica o profesional. Recordemos siempre que no hay nada demasiado difícil para su poder (Jer. 32:17), ni demasiado insignificante para su amor (Mat. 10:29-31). ¡Qué amigo tenemos en Jesús!

H. Durbanville

Una carga no es un pecado, pero Satanás puede aprovecharse de ella para llevar al desánimo. Es mejor llevar la carga de uno en el camino del Señor que evitar las cargas fuera de su camino.

L. Chaudier

*Tu hermoso nombre, calma y consuela, ¡Oh Jesús, mi Redentor!
Saboreo tu Palabra, cuando tu voz habla a mi corazón.
Solo en ti descanso, tu promesa me sostiene;
Contigo tengo todo, y mi alma te pertenece.
Te traigo mi debilidad; tú la conoces mejor que yo.
Te traigo mi tristeza, y tú me das la paz.*

*Mis preocupaciones compartes, llevás mis cargas sobre ti;
Con tu mirada me animas, y curas todos mis males.*

J.R. Mazeirac

(Traducción de un cántico)

«Pero que cada cual someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloria solo consigo, y no con otro; porque cada cual llevará su propia carga» (Gálatas 6:4-5).

Hay cargas que no podemos compartir; entre las más pesadas está el tormento de dolores que nos infligimos por los pecados enterrados en el pasado. Si, a las cargas ordinarias de la vida, añadimos la carga de las faltas del pasado que nos obsesionan, la carga será demasiado pesada para nosotros. Es a través de la confesión que obtenemos la liberación de tales cargas que nos imponemos; esto es lo que Dios ha provisto para nosotros para que podamos no solo escapar de la sanción del pecado, sino también de sus devastadoras consecuencias en el corazón y la memoria (ver [1 Juan 1:9](#)). Todo pecado es contra Dios y debe serle confesado. Aquellos que han sido cometidos contra una persona también deben confesársele en el particular (véase [Mat. 5:23, 24](#)). Los pecados que son públicos, como la calumnia o el daño a la iglesia (véase el caso de Acán, en [Josué 7](#)), deben ser confesados públicamente. Pero quiero advertir a todos los que están agobiados por los pecados pasados: Tened cuidado y no permitáis que el enemigo os induzca a confesar en público lo que solo debe ser confesado a los oídos de aquel contra quien habéis pecado y a Dios, o incluso solo a Dios.

Cuando las cosas que pesaban sobre su conciencia han sido puestas en orden, la Escritura da muchas promesas, como esta: «De sus pecados e iniquidades no me acordaré más» ([Hebr. 10:17](#)). ¡Seríamos verdaderamente insensatos de guardar en memoria lo que Dios nunca más recordará!

Por supuesto, la memoria no deja de funcionar, pero estas cosas han sido eliminadas de los tristes recuerdos del pasado, y la mente y el espíritu están en reposo respecto a ellas.

H. Durbanville

*¿Estás cansado, lleno de tristeza? ¡Cuéntale todo a Jesús!
Su corazón está abierto a tu voz todo el tiempo, ¡cuéntale todo a Jesús!
Si tu pasado aparece como una sombra, ¡cuéntale todo a Jesús!
Su sangre lava todos tus pecados, oh, ¡cuéntale todo a Jesús!
¡Cuéntale todo a Jesús! ¡Oh, cuéntale todo! ¡Qué dulce es su acogida!
Él puede entender, le gusta oírte: ¡cuéntale todo!*

(Traducción de un cántico)

«Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2).

«No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare» (Isaías 42:3).

«Cada cual llevará su propia carga» (Gál. 6:5); la palabra traducida como «carga» se refiere al equipo de un soldado, que se supone debe llevar solo. Llevar «los unos las cargas de los otros» (v. 2); la palabra «cargas» se refiere aquí a una serie de paquetes, algunos de los cuales pueden ser llevados por otros. En un mundo que el pecado ha completamente sumido en el desorden, es inevitable que incluso el más piadoso de los hijos de Dios tenga que llevar a veces cargas pesadas y soportar cargas dolorosas. Algunas afectan al cuerpo: discapacidad crónica, limitaciones por la vejez; otros abruma el espíritu: perplejidad, ansiedad; otros pesan sobre el alma: soledad, sentimientos de remordimiento.

«Si alguien es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a esa persona con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gál. 6:1).

Surgen tres preguntas:

1. ¿Qué hay que hacer? «Restaurad a esa persona». La palabra «restaurar» (o «enderezar») es un término quirúrgico que se utiliza para la reducción de una fractura o la reimplantación de un miembro dislocado. Requiere un toque muy sensible y una gran habilidad.
2. ¿Quién está llamado a hacerlo? «Vosotros que sois espirituales». El cristiano que es llamado a esta tarea debe realmente dejarse guiar por el Espíritu Santo.
3. ¿Cómo debemos hacerlo? «Con espíritu de mansedumbre» siempre teniendo en

cuenta nuestra propia tendencia «no sea que tú también seas tentado» de la misma manera. Nos acercamos al hermano que se ha extraviado y, con un espíritu de mansedumbre y un corazón lleno de humildad, cumplimos la ley de Cristo.

H. Durbanville

Una simple palabra de ira, pero hirió un corazón sensible; una palabra *dura de reproche*, pero trajo lágrimas a los ojos; una palabra *impaciente e irreflexiva*, pero oscureció un día que prometía ser radiante; una palabra *maliciosa y burlona*, pero la avispa dejó su aguijón. *Solo una palabra de bondad*, y alivió un corazón sufriente; una palabra *de simpatía*, y un alma en apuros fue consolada; una palabra *de aliento*, y un camino oscuro fue iluminado; una palabra *de esperanza y de fe*, y todo el día fue transformado por ella.

P. Cabanac